

Cunas de vida

El hall de aeropuerto se había convertido de pronto en una improvisada sala, donde aquellas trece enfermeras matronas, que diez días antes habían partido para distintos lugares del mundo en misión humanitaria, deseaban compartir las mil experiencias grabadas en el corazón, y que tenían mucho que ver con la vida; la VIDA en mayúsculas. Sin duda, sería para ellas una Navidad difícil de olvidar. Yo lo sabía bien, porque coordinaba aquella misión. El objetivo era conocer a fondo cómo nacen los niños en distintos ambientes.

Tras los abrazos correspondientes, las palabras se desbocaban en sus labios sin pedir ni guardar turno. Las dejé hablar, ¡ya quedaría tiempo para recabar datos y elaborar informes! Comenzó la primera:

—Tendríais que haber visto a Luisa, de catorce años; una de tantas muchachas ecuatorianas que se enfrentaba a la maternidad prematura. Sobre cuna de madera, con más años que barrotes, mecía a su hijo recién nacido. Estaba angustiada, sin saber qué hacer para calmarle el llanto. Tras ponerlo en sus brazos, pronto aprendió a darle el pecho mientras se mordía los labios para mitigar el dolor de las grietas. Lo acariciaba con ternura. En aquel lugar de húmedas paredes, faltaba de todo, menos cariño.

—Pues yo me vi de pronto en la abigarrada caravana, donde una gitanilla, en cuclillas, jadeaba en plena contracción, agarrada a una tosca mesa. Otras gitanas la animaban, e insultaban ferozmente al padre. Tras cortarle el cordón, me fue arrebatado por la gitana jefa. Lo limpió con el “pañito de nacimiento” y dijo en romaní que ese paño se enterraría para que se llevara sangre y sufrimientos. Recostó luego al bebé en telas multicolores. Las gitanas, elogiaban ahora los atributos de su padre.

—Yo, en Inglaterra, he encontrado el invierno de color blanco y negro. En aquella casa de gente acomodada me acogieron muy bien. Se respiraba ambiente navideño; árbol, brillos, luces de artificio... Una cálida atmósfera inundaba todos los rincones, pues la única hija acababa de dar a luz con mi ayuda. Mientras dejaba al niño en la cuna, ambos sonreían. Los sonidos eran suaves y cercanos. El sol, aunque débil, despertaba emocionado y pretendía introducirse por todas las ventanas.

—La casa que a mí me asignaron, era humilde y cerca de la milenaria Jericó. Tras el parto, una madre sudorosa y jadeante sonreía mientras yo cortaba su cordón umbilical. Era su tercer hijo, y tuvo demasiada prisa por ver la luz. Limpié y vestí al niño mientras la abuela traía una kufiyya para envolverlo. Luego, mientras lo depositaba en una vieja cuna de madera, musitó: “Ojalá te permitan vivir, hijo. A lo lejos, oímos los disparos; repetidos disparos...”

—La niña que atendí, nació en pleno desierto de Marruecos, entre arenas, y bajo un techo de palmeras. Le habían confeccionado una especie de cuna con pelo de cabras. La tribu Twara se juntó en pleno para festejar el acontecimiento. Gritos, risas, alegrías. Decidieron ponerle de nombre Ahava, que, según me dijeron, significaba “amada, querida”. Cuando el sol salió, se la ofrendaron...

—Yo en Francia, viví un alumbramiento sorprendente mientras cuidaba de una niña cuya familia atravesaba momentos de penuria y ausencias. Ella no pedía juguetes a Papá Noel, sólo que su padre regresara pronto del frente. De pronto, en el camión de Cruz Roja, venía un paquete que nos fue asignado. Parecía un regalo y, como tal, ella lo desenvolvió rápidamente. Al levantar la tapa, apareció un bebé desnudo y suplicando cariño. Mientras ella lo mecía contra su pecho, busque una mantita...

—Pues mi Noche Buena fue cerca de Kabul. Entré en la habitación de Zunaira y adiviné un corazón rezando para que fuera niño. ¡Su Dios, o el mío, la escuchó! Entonces reparé en el burka a su lado; en los desperfectos del techo; en los cristales rotos por los que entraba un frío glacial; en la foto de Moshen, su marido, muerto en una explosión mientras conducía una ambulancia para mi OENEGÉ. Y, en medio de tanto terror, había surgido el gran milagro de la vida y el amor. Lloré como nunca...

—Yo me traje de aquella romería con enfermos, el recuerdo de los auténticos milagros. La hija de uno de ellos, con siete meses de embarazo, y por tanto con riesgo, se puso de parto (porque los niños llegan sin avisar, a veces). Finalizaba mi turno, pero pedí ayuda y, junto a las monjas y a un médico, también voluntario, montamos un improvisado paritorio donde nació el bebé. Todo fue muy bien. La familia, agradecida, le puso por nombre “Jesús”, y lo bautizaron bajo el manto de la Virgen de Lourdes.

—Mi experiencia fue en Boura (Argelia). Cuando llegué al interior de aquel patio, escuché un gran revuelo de niños, junto al murmullo de mujeres que iban y venían preocupadas. “Rápido, que ya está naciendo, y trae grandes dificultades” Era el primer hijo de la última esposa del jeque que había contratado mis servicios. Bajo la atenta mirada de los presentes, conseguí sacar al niño vivo. Luego, todo fue fiesta, matanza de corderos y un fuerte olor a especias. ¡Una semana duró aquella celebración!

—Yo lo viví en Nicaragua. Aquel niño venía mal, y el hospital más próximo quedaba a varios kilómetros. Pedimos la furgoneta de la granja vecina y la utilizamos como ambulancia. Tras un tiempo, que se nos hizo eterno, llegamos y el niño pudo alumbrarse bien. Mientras lo mecía, su madre (vencida todavía por el cansancio), le susurraba con

cariño: “Qué suerte has tenido, hijo mío, de nacer en este lugar con tantas luces y con una cuna”. Yo me pregunté qué pasaría luego, en su vuelta a casa...

—Hermosa mi experiencia en Argentina. En noche de fuerte aguacero, y de madrugada, se presentó en admisión una mujer con fuertes contracciones y las aguas rotas. Estaba sola, como otras muchas... Ya dentro del ascensor, pedía a gritos un médico. Intenté tranquilizarla. Justo tuvimos el tiempo de entrar en el paritorio, cuando el llanto del bebé irrumpía en la sala. Le coloqué al niño en el regazo. La madre comenzó a llorar, pero sus dos corazones latían juntos. Latirían juntos para siempre.

—Yo también viví un alumbramiento nocturno, en pleno desierto. Una madre sola, apurada, sin medios, se enfrentaba a la maternidad de su hija y nadie podía llevarlas a un centro sanitario. “No se preocupe, he venido a esta zona como matrona para ayudar en lo que buenamente pueda”. Jamás olvidaré la cara de agradecimiento de aquella mujer. Entre sollozos, me abrazó. Ambas recibimos al niño y, cuando las dejé descansando, salí a mirar las estrellas. Pensé en la similitud con la Virgen María, y un Niño Jesús pobre, en el pesebre.

Carmen, Germana, Maribel, Dolores, Lydia, Jeannine, María Luisa, Teodora, Raquel, Paqui, Ana, Libertad, Luisa. (Aulas Tercera Edad de Alicante)